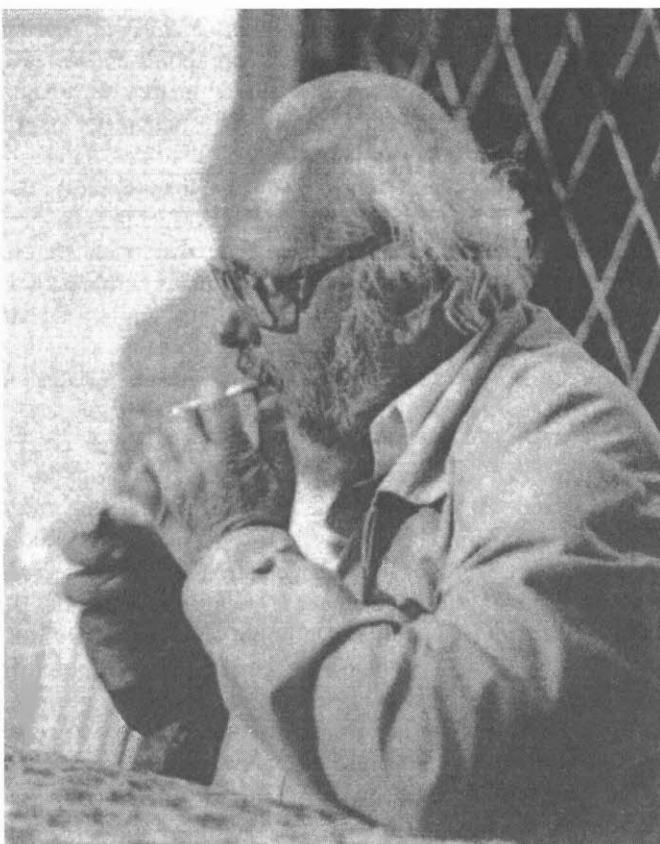


## ADIÓS AL MAESTRO



Luis Antonio Restrepo A. 1938-2002

Nos hemos reunido hoy para realizar el ritual de despedida de Luis Antonio Restrepo Arango. No ha muerto un hombre cualquiera, ha muerto un gran maestro, intelectual destacado, buen amigo, cariñoso padre y compañero. Aunque como desgraciadamente estamos acostumbrados en este país a tantas muertes, tenemos que hacer un alto en el camino para pensar en el rico legado que nos deja.

De Antonio, o “Toño” como afectuosamente le decíamos, podemos hablar demasiado y apasionadamente; con seguridad lo seguiremos haciendo, no puede ser de otra forma ya que la impronta que ha dejado es profunda y rica. Su vida intelectual y académica fue intensa, inquieta, llena de retos. Le correspondió vivir, como a muchos de nosotros, una época triste, caracterizada por las crisis de Estado y el nuevo desbordamiento de la violencia política; problemas a los que dedicó buena parte de sus reflexiones y estudios.

La Historia, con mayúscula, fue la disciplina y la actividad que siempre lo sedujo y a la que dedicó lo mejor de sus años y energías. Antonio entendía la Historia como una disciplina científica y salía en su defensa cuando se trataba de compararla con la literatura o asimilaba a un pasatiempo de fines de semana de otros profesionales. En tanto disciplina sugería y proponía con su ejemplo abordarla con seriedad y rigor. La Historia y el oficio del historiador no son actividades fáciles de asumir; decía y siempre le insistía a sus estudiantes e interlocutores que la Historia más que establecer verdades trabaja con paradigmas históricos, de eficacia temporal, con los cuales debían plantearse los problemas de los hombres y de las sociedades para tratar de comprender su evolución y estructura.

Concebía la Historia como una especie de disciplina síntesis en la que confluyían principalmente los conocimientos de ciencias hermanas y vecinas como la sociología, la antropología, la economía. En sus clases magistrales, en los innumerables ensayos que escribió y en sus libros, encontraremos elementos de aquellas. No podía ser de otra manera para una mente forjada en un espíritu universalista y para quien la búsqueda del conocimiento se basaba en tender puentes y lazos entre las diferentes disciplinas. Al fin de cuentas ¿estas no apuntan al gran objetivo de comprender la existencia humana? Por eso, Antonio era capaz de sostener conversaciones interesantes y de gran profundidad con colegas de diversas áreas, filósofos y semiólogos entre otros, razón por la cual era un gran admirador, estudioso y seguidor de la escuela de los Annales de Francia. En ella encontró las claves para sus inquietudes e indagaciones. Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel y Georges Duby por citar sólo algunos, se hicieron familiares a nosotros gracias a Antonio y sus enseñanzas. En inolvidables sesiones aprendimos las bases de la escuela historiográfica francesa y nos nutrimos con las principales obras de estos historiadores, advirtiendo siempre su preocupación para que miráramos la Historia como una disciplina de síntesis de las disciplinas sociales. Que tuviésemos como derrotero que la Historia no puede ser sino Historia Social y de los hombres insertos en determinadas condiciones de existencia. En tal sentido, concebía la sociedad como un gran entramado cultural, en el que dialéctica y no mecánicamente se articulaban los modos particulares y las diferencias de los hombres y sus respectivas culturas. Si queríamos entender el problema de la interdisciplinariedad Antonio era quien con más propiedad y sin alardes técnicos y teoricistas nos podía guiar.

Luis Antonio Restrepo tenía una visión integral de las ciencias sociales y por ello sentía aversión frente al proceso de su fragmentación que tiene lugar actualmente. Sin negar la importancia de la especialización y el estudio en detalle de ciertos asuntos, persuadía reiterativamente a sus alumnos y colegas para que no descuidaran la necesaria contextualización de sus objetos de estudio. Sostenía que es imposible conocer el significado de los sucesos, de los problemas y de los individuos si no se los enlaza con el contexto social, con la época y con la cultura en los cuales tuvieron lugar. Criticaba con ahínco los dogmas por los efectos paralizantes en el proceso de apertura a nuevas fronteras del saber; por eso vivió con suma expectativa la crisis de los grandes paradigmas de las ciencias sociales. Sin abandonar a Marx, fue capaz de

leerlo, reinterpretarlo y darlo a conocer desde una postura ajena al dogmatismo.

La Historia requiere de una gran erudición, he aquí otra de sus lecciones inolvidables, hay que leer y releer para adquirir la masa crítica que permita abordar los fenómenos humanos con alguna propiedad. Sin embargo, era consciente de que la disciplina no podía resolver muchos interrogantes, frente a ello insinuaba entonces la necesidad de saber plantear los términos del análisis de las incertidumbres. De su erudición nos beneficiamos muchos, en aulas, corredores, cafeterínes, bares y hasta en su casa, no estaba gobernado por el criterio en el que se supone que hay que saberlo todo. El historiador más que respuestas plantea interrogantes y problemas. No era un enciclopédico, un sabelotodo, sino un hombre culto que estudiaba, abrevando en distintas fuentes la respuesta a sus dudas, y que enlazaba esos conocimientos para tratar de esclarecerlas. Nunca aceptó la idea de que la Historia era una disciplina fácil; no puede serlo el estudio de las complejidades de los seres humanos. El historiador como cualquier cultor de una disciplina sufre la angustia de enfrentar el vacío, las dudas, la vastedad de los conocimientos previos, y esa era su angustia, sólo que a él en vez de paralizarlo lo conducía a investigar más rigurosamente y a conversar con sus pares y amigos en las situaciones más inéditas.

Como última acotación antes de terminar esta incompleta semblanza de nuestro querido maestro, deseo relacionarlo precisamente con esa cualidad tan escasa hoy en día: saber ser maestro. Antonio sabía exponer sus conocimientos, pero lo hacia no solo con gran destreza en el manejo de la palabra sino por que enamoraba a sus alumnos y amigos de los temas que exponía. Él se sentía escuchado, y que sus auditórios estaban ahí a la espera de sus cátedras. En vez de vanagloriarse se entregaba con pasión y sencillez, sin florituras ni alardes, a conversar y ofrecer con generosidad todo su conocimiento; sugiriendo y guiando estimulaba a los más promisorios. Su carisma hacía innecesario el regaño o el látigo de la nota pues el respeto que suscitaba y la seriedad de su magisterio obraba sobre los que lo atendían. Maestro de maestros también fue, porque sus colegas en la facultad, otras universidades y escenarios en que estuvo vinculado, aprendieron de sus conversaciones.

No es exagerado pensar que Luis Antonio Restrepo pertenecía a una estirpe de intelectuales orgánicos y universales que iluminaron el trabajo de las ciencias sociales en la Colombia de los últimos 40 años. Era amigo y contertulio de un grupo al que también pertenecieron intelectuales tan memorables como Estanislao Zuleta y Germán Colmenares. En compañía de éstos y amigos como Alvaro Tirado y Jorge Orlando Melo entre muchos otros, impulsó los estudios de Historia tanto en Medellín como en el resto del país; creando revistas en la Universidad Autónoma Latinoamericana y Nacional (Sede Medellín), invitando a alumnos y colegas a publicar sus trabajos en ellas no por deferencias de amistad, sino porque pensaba que de esta manera se abrían espacios para la divulgación y aprobación social del trabajo de los académicos. ¿Cuántos de quienes fuimos sus alumnos no vimos publicados el producto de nuestros primeros trabajos en esas revistas? En ese sentido también era un visionario porque tenía claro que el futuro de las ciencias humanas dependía del esfuerzo colectivo. Como testimonio de su obra dejó los

libros **Pensar la Historia** que compila conferencias sobre el pensamiento histórico en Marx, Nietzsche, Foucault y Althusser; **La Historia de los derechos humanos en Colombia** que nos muestra al intelectual comprometido con la grave situación del país y **Ensayos de Historia Social y Cultural** en la colección de Autores Antioqueños, permitiéndonos ver al intelectual erudito y universal que estaba capacitado para conducirnos por los terrenos de la literatura y la música alemana del siglo XIX o por los campos abonados del pensamiento de la Ilustración Francesa y las amplias avenidas de la cultura Occidental.

Aunque este es un reconocimiento póstumo, no exagero ni sobredimensiono los alcances de su obra exaltándolo como ejemplo de trayectoria destacada en una de las disciplinas de las ciencias sociales. Su desaparición nos deja un profundo vacío que se hará más notorio con el transcurrir del tiempo: extrañaremos su simpatía, las carcajadas en sus clases informales, lecciones y conferencias y sus caminatas a toda marcha para llegar a las aulas de nuestra Alma Mater. Hago una invitación extensiva a familiares amigos, colegas y alumnos para que nos comprometamos a inmortalizar su memoria y su legado. Igualmente a brindar un cálido afecto a su compañera la historiadora Gloria Mercedes Arango y sus hijos María Luisa y Tomás.

**Darío Acevedo Carmona**  
Medellín, 6 de marzo de 2002